



Mauro Yberra y sus jóvenes detectives parlanchines¹

Clemens A. Franken K.
cfranken@puc.cl
Pontificia Universidad Católica de Chile

Resumen

Los autores Eugenio Díaz y José Leal, bajo el seudónimo de Mauro Yberra, instalan en Chile el modo de escribir a cuatro manos, que ya usaron en Argentina Borges y Bioy Casares, y publican tres novelas policiales: *La que murió en Papudo* (1993), *¡Mataron a don Juan de Cachagua!* (1999) y *Ahumada Blues* (2002). En estos textos se presenta un trío de investigadores compuesto por dos hermanos, Juan y Jorge Menie, y Ángel Pedreros, el narrador. Los tres detectives aficionados son de izquierda y se manifiestan a favor del gobierno de Allende, pero son siúuticos, es decir, les agrada la música clásica, la pintura, el arte religioso, utilizan expresiones en francés o latín y tienen casa en Papudo. Los tres se autodenominan librepensadores, pero en realidad es más bien una imitación del laicismo francés que una convicción profunda, dado que llaman invertidos los gay, a las mujeres “hembras” o “yeguas ansiosas” y evidencian otras muestras de intolerancia. Las novelas de Mauro Yberra, al igual que las de Ramón Díaz Eterovic, trabajan bajo el horizonte ideológico de una versión moderna propia de la guerra fría, la historia tiene un telos: por eso, a pesar de estar escritas en los ‘90, se ambientan en los ‘60.

Abstract

The authors Eugenio Díaz and José Leal, write together under the pen name of Mauro Yberra, the novels *La que murió en Papudo* (1993), *¡Mataron a don Juan de Cachagua!* (1999), and *Ahumada Blues* (2002). Three left wing private detectives, who support Allende’s government and think themselves freethinkers, are actually trying to imitate French laïcité: they are affected, love

religious art, and call homosexuals faggots, and women “anxious maes”. Yberra’s novels, although written in the ‘90, are set in the ‘60, against a backdrop of an own modern version of the ideology of the Cold War.

Bajo el seudónimo de Mauro Yberra (1946) se esconden los nombres de los autores chilenos Eugenio Díaz L. y José Leal. A ambos les une una amistad de más de cuarenta años que nace tempranamente en el colegio católico del Instituto Luis Campino y sigue fortaleciéndose en sus estudios universitarios de Ingeniería. “Leal ha sido funcionario de Naciones Unidas y trabaja con consultor internacional en estudios sobre impacto ambiental, Díaz es un empresario de construcción especializado en ingeniería sanitaria” (Rivera 3). José Leal trabaja, además, como crítico de cine y director de revistas.² Como grandes lectores y admiradores especialmente de Jorge Luis Borges optan por imitar su costumbre de escribir una novela policial a cuatro manos junto con Adolfo Bioy Casares y bajo un seudónimo como, por ejemplo, H. Bustos Domec.³

La primera novela policial de Mauro Yberra, *La que murió en Papudo* (1993), es fruto de muchas conversaciones durante un largo período y de la redacción del texto en los fines de semana de un año entero. Ambos consideran el resultado de sus esfuerzos literarios “digno y decente” y reconocen los “límites literarios del género y también algunas debilidades en la trama” (entrevistado por: Rivera 3). El crítico literario Eduardo Guerrero percibe las debilidades de esta novela más bien en su “grandilocuencia en el tono, en su ambición, en su estilo” y en “un lenguaje demasiado artificioso, con frases relamidas y cursis” (57). Al contrario, según el crítico Mariano Aguirre, esta novela es más que una simple novela policial y “el autor se muestra diestro” en el manejo de los “elementos reconocibles del género”. Luego, Aguirre constata “agilidad narrativa, humor, expectativa” (37). Ramón Díaz Eterovic, por su parte, destaca en esta primera novela de Mauro Yberra la “convinciente recreación de la época de los años sesenta” y “los acertados diálogos de los protagonistas – siempre ingeniosos y humorísticos” (2002: 19). C. O., finalmente, pone especial énfasis en el hecho de que “Mauro Yberra logra a través de una prosa cuidada, de un lenguaje metafórico y alucinante [...] concretar un estilo narrativo que oscila entre el sarcasmo cultural y la tomadura de pelo a ciertos personajes típicos de la fauna chilensis” (22).

También la segunda de las “buenas novelas” (Díaz Eterovic, 2002: 19) de Mauro Yberra, *¡Matar al Don Juan de Cachagua!* (1999), tiene como escenario un famoso balneario de la costa central chilena, pero justamente diez años más tarde, es decir entre junio y septiembre del emblemático año 1973. Nuevamente el narrador Ángel Pedreros, apoyado por los afrancesados y algo siúuticos hermanos Juan y Jorge Menie, logra resolver el asesinato del hombre aficionado a seducir a las mujeres que veranean o viven en el balneario de Cachagua.

Al contrario, *Ahumada Blues* (2002), su tercera novela policial autoeditada y por eso de difícil acceso, se desarrolla en una noche de noviembre de 1968 en la misma capital del país con sus lugares nocturnos de ese entonces. El mismo trío detectivesco está a cargo de resolver el crimen de un gringo amigo de Cynthia Muraña, por su parte amiga de los hermanos Menie.

A pesar de que los hechos narrados corresponden a una noche de un sábado del mes de noviembre de 1968 en Santiago, este relato, sin embargo, está contado a principios del siglo XXI, más de

treinta años después. Durante la búsqueda los hermanos Menie y el narrador, Ángel Pedreros, recorren lugares típicos de la capital como: la calle Merced, la Peña de los Parra, el Palacio Korniezov de la calle Ejército, el bar Torres en la Alameda, el Bim-Bam-Bum en la calle Huérfanos, los prostíbulos de la calle San Martín, La Vega Central, el cerro Santa Lucía, es decir, parecido a Heredia, una parte importante del Centro de Santiago. A medida que van transitando por los lugares Ángel va describiendo los distintos lugares y su historia, a través de este relato el lector puede hacer una reconstrucción algo nostálgica y una comparación arquitectónica con la época actual.

El escenario de las dos primeras novelas policiales de Mauro Yberra, sin embargo, son los balnearios Papudo y Cachagua respectivamente. En el primero la familia del narrador Ángel Pedreros posee una “mansión neogótica que hiciera construir [su] abuelo, un prototipo del extravagante de provincia”. Papudo le parece a este joven estudiante secundario de dieciséis años un lugar “desolador, puro *pathos* provinciano”, el que “no sugiere más que pensamientos tristes”; con su silencio “no d[a] pie a otra cosa que a la melancolía” (...*Papudo* 16-17).

También la hacienda Collahue, “un vestigio anacrónico aunque fascinante de una época de grandeza del Chile rural” (...*Papudo* 53), provoca más bien sentimientos nostálgicos en el joven narrador. Los propietarios de este casi ilimitado latifundio, la familia Arrestizábal, contaban entre sus dominios también los balnearios Papudo, Zapallar y Cachagua. Esta enorme propiedad privada se caracteriza en 1963 por “un ambiente de conflictos laborales” (...*Papudo* 59), reflejo de una creciente politización del país que lo llevó, según Manuel Ignacio Arrestizábal, una aristócrata de izquierda, a “una situación pre-revolucionaria” que desembocará en un inevitable “levantamiento campesino” (...*Papudo* 165).

El cronotopo de la segunda novela policial de Mauro Yberra parece aún más logrado: el balneario Cachagua y Santiago desde fines de junio hasta la mitad de septiembre de 1973. Los conflictos sociales y políticos se han agudizados en los últimos diez años: hay “problemas de desabastecimiento”, “tomas de fundos” y soplan “vientos golpistas” (cfr. el intento de un ‘putsch’ el día 29 de junio de 1973 llamado el “Tanquetazo”) (...*Cachagua!* 73, 39 y 21). Especialmente en el Centro de Santiago se multiplican los disturbios políticos y, según el narrador, “Allende no quería, o no podía, ir al diálogo y las posibilidades de un arreglo pacífico se iban haciendo cada vez más remotas. Todo conducía a un choque final...” (...*Cachagua!* 176). Incluso un lugar tradicionalmente tan tranquilo y pequeño como Cachagua, que fue en los cincuenta y sesenta “un balneario de alcurnia, no necesariamente aristocrático pero sí selecto”, donde convivían “un grupo importante de propietarios de tendencia izquierdista –comunistas o socialistas–, [...] demócratacristianos conspicuos, gente culta”, y “momios [...] de alto calibre” (...*Cachagua* 26), y donde hasta los comienzos de los setenta todo el mundo se conocía y se encontraba en la playa, se encuentra cada vez más polarizado y dominado por un ambiente de franca confrontación que perjudica y entorpece también la aclaración del crimen del ‘Tatán’, el Don Juan de Cachagua. Según el narrador, “[n]o se trataba de buscar la verdad, sino de integrar cualquier hecho a la implacable coyuntura nacional” (...*Cachagua!* 201).

En un ambiente social y políticamente tan agitado les toca a los hermanos Juan y Jorge Menie y a su amigo Ángel Pedreros resolver algunos casos policiales. Los Menie viven en el barrio de Ñuñoa: –en la calle Colo-Colo–, “el corazón de Ñuñoa” (...*Cachagua!* 19), que por ese entonces era un

barrio burgués, de clase media acomodada ('no como ahora' en palabras del narrador). Ambos estudiaron, al igual que su amigo en el colegio San Rafael Arcángel. Tienen algunas excentricidades y son absolutamente supersticiosos: odian tocar el timbre y se sientan en los asientos que miran hacia el fondo del trolebús o de lo contrario, se iban de pie. En 1963, Jorge Menie, el hermano menor y Ángel Pedreros tienen apenas dieciséis años y son aun estudiantes secundarios, mientras que Juan Menie ya es un veinteañero estudiante de sociología en la Universidad de Chile. En 1968, tiempo de la aventura de *Ahumada Blues*, Jorge Menie ya es estudiante de Economía y Juan, quien egresó en 1967 de sociología, está preparando su tesis sobre la clase media chilena. Cinco años más tarde, el mayor de los Menie está de visita en Chile, interrumpiendo por algunas semanas sus estudios doctorales en Lovaina. Jorge y Ángel, por el contrario, trabajan ambos en la administración pública chilena.

A los dos hermanos (y al narrador Ángel) les gustaban ya en el colegio "las casas viejas, la pintura impresionista, la música clásica y el arte religioso" (...*Papudo* 16). Ellos son jóvenes burgueses bien educados: "saludaban con deferencia a los mayores y sabían usar los cubiertos; pero no repartían sonrisas, no aceptaban complicidades burguesas, no eran católicos ni caritativos, ni menos aún comían empanadas. A veces hablaban entre ellos en francés. Raros, qué duda cabe" (*Ahumada*... 89).

Intelectuales, tanto Juan como Jorge, son "verbosos y tremebundos si se lo proponían, pero absolutamente ajenos a las pasiones reales (románticas o ridículas) que hacían a la gente matarse entre sí, suicidarse o por último hacerse pedazos o enterrarse en vida" (*Ahumada*... 106). A ambos les interesa el esoterismo, sobre todo a Jorge, quien tiene mucha retórica y "elocuencia barata" (*Ahumada*... 74) a la hora de conversar.

Jorge es el mejor amigo del narrador. Conoció a Ángel a los once años en la plaza Franke cuando queda literalmente en el suelo debido a un golpe propiciado por un balón de unos muchachos aficionados al fútbol, que se encontraban en el mismo lugar.

Junto a esto, Jorge es tartamudo y bastante valiente cuando algo lo ataca, por ejemplo, cuando le llega el pelotazo a los once años, destruye el balón usando un cortaplumas y, cuando años más tarde uno de los matones lo golpea, él se abalanza como un toro sobre él.

La característica principal de Jorge es que se excita fácilmente con las situaciones y asume el rol que corresponde a cada caso, incluso llegando al borde de lo insólito o ridículo. En una misa fúnebre "se acercó tres veces a comulgar [...] a pedirle vino al sorprendido oficiante de la misa" (...*Papudo* 20) y en *Ahumada*... cuando lo dejan en la retaguardia en el cerro Santa Lucía, camina hacia atrás y en varias oportunidades entona himnos y poses de combate. Por otra parte, constantemente lanza frases célebres en latín y comienza unos discursos eternos sobre temas que le interesan como el esoterismo, por ejemplo. De hecho, de niño inventaba historias de encuentros con extraterrestres.

Sexualmente Jorge Menie se inicia como estudiante secundario y es bastante enamorado. Ha tenido un gran número de conquistas ocasionales e incluso Ángel debe tironearlo del brazo durante las investigaciones para que no se quede embozado conversando, mirando o tratando de seducir a las féminas. Jorge siempre anda en el bolsillo con unos papelitos de presentación con su teléfono,

para darles a las muchachas que conoce, ya que practica la conquista masiva, “sin gran selectividad, de manera absolutamente pragmática (“de mosquito para arriba, todo es cacería...”, mascullaba) y además sin la menor discreción” (*Ahumada...* 93), a diferencia del narrador, que defiende a cualquier precio su vida privada.

Otra de sus características es que, como señala Ángel, es medio “raro”, ya que realiza una serie de excentricidades como gritar “¡Viva el diablo!” (*Ahumada...* 112) cada vez que pasa fuera de una Iglesia, o el comenzar a sentir los síntomas con sólo escuchar el nombre de LSD que consumió en solo una oportunidad. Según el narrador, “nunca [ha] visto a alguien más influenciado. Siempre que se tratara de algo desquiciado, por cierto. No se viraba con vulgaridades” (*Ahumada...* 152).

Lanza constantemente eructos, aunque nunca delante de las mujeres, como forma de aprobación, pues “era un mistificador de excepción, dotado ya a los diez años de talento para cambiar de voz a gusto, e imitar cualquier acento. Podía llorar, estornudar, eructar y expulsar gases intestinales absolutamente a voluntad, lo que era en verdad excepcional (aunque nada elegante, claro)” (*Ahumada...* 13) y mantiene con el narrador un código que los une en la sólida amistad que mantienen, a saber, el silbido de la melodía del *Saint Blues*, la música de la película favorita de ambos, *El tercer hombre*.

Al igual que Ángel, estaba en los tiempos universitarios enamorado de su amiga Cynthia Muraña trató en varias oportunidades de intimar con ella, incluso algunas veces llegó a ‘correrle mano’, pero la relación no fue más allá, pues Cynthia siempre puso los límites y era demasiado mujer para ellos. Sin embargo, él no se daba por vencido porque le gustaba aumentar su número de conquistas y siempre estaba coqueteando con esta muchacha. No sorprende, por tanto, que este conquistador aun sigue soltero en 1973.

Finalmente, lo caracteriza la lectura temprana de autores y teóricos anarquistas como Kropotkin, Bakunin, Babeuf y Engels los que lo inducen a una postura política decididamente de izquierda. Como miembro del Partido Socialista Jorge se declara “un marxista enterado e irreductible” (...*Cachagua!* 16) y prefiere generalmente una “interpretación dialéctica” (...*Papudo* 119) de los acontecimientos históricos que considera la lucha de clases y la praxis revolucionaria como los elementos más esenciales del análisis. Sin embargo, el bastante culto Jorge Menie también es un conocedor de la literatura universal, lo que se expresa en su capacidad de citar a Shakespeare en inglés (cfr...*Cachagua* 30).

Juan Menie, el mayor de los dos hermanos, es más serio y reflexivo aunque no más culto que Jorge. Comparte con su hermano el ser supersticioso, ya que por ejemplo, siempre contesta el teléfono a tercer campanillazo y le tiene miedo a tocar timbres; también comparte con él el gusto por lo esotérico. Durante la investigación y la búsqueda de Sonya, la joven Rusa que es tomada como rehén por los dos matones que asesinan al gringo Michael en *Ahumada...*, Juan acompaña a su hermano y al narrador sólo un rato y después debido al cansancio y a una leve cojera que lo hace caminar más lento, regresa a su hogar donde, con igual e incluso más efectividad, logra informarse de los hechos y controlar la investigación. En el fondo él es el líder del trío detectivesco que, debido a su pedantería, hace sentir al narrador un tanto avergonzado, aunque hay que destacar que esto en ningún momento empaña las relaciones de este grupo.

Juan gracias a una serie de contactos en el mundo universitario y fuera de él (como un inspector de investigaciones) logra enterarse en *Ahumada Blues*, por ejemplo, de una serie de datos importante que ayudan a esclarecer los hechos, como quién es el gringo asesinado, los matones, etc. La investigación que realiza desde su casa y sólo por teléfono corre a la par que la de los otros dos, pero de manera tranquila y sin la acción que caracteriza al grupo que recorre las calles citadinas. Por ejemplo, cuando Ángel llama a Juan para informarle de sus avances, éste ya sabe todo e incluso está hablando por teléfono con un amigo que tenía en el prostíbulo María Bonita en el momento mismo en que su amigo y su hermano están siendo golpeados. Él cree que no es necesario tanto escándalo ni tanta acción y en cierta medida ironiza sobre esto cuando lo llaman desde el centro para ponerlo al día. Más adelante, cuando idea el plan para llegar donde el profesor Manzano que tenía escondido el cadáver, “aplicando la racionalidad deductiva de los grandes maestros”, Cynthia declara a Ángel que “si no lo quisiera tanto al Juan Menie, [le] diría que es un pedante insoportable. Como el detective ése que les gusta tanto a [ellos], el Philo Vance...” (195) De esta forma, especialmente Juan comparte algunos rasgos como, por ejemplo, la minuciosidad y reflexividad con Sherlock Holmes y la excentricidad y amaneramiento con Philo Vance y Hercule Poirot. Del último aprecia, además, el uso de sus ‘células grises’.

A diferencia de su hermano, Juan casi nunca salía de su pieza y como declarado solterón no se interesaba en conquistas amorosas ni tampoco trata de conquistar a Cynthia y de hecho, se escandaliza cuando la ve casi desnuda en el departamento de la calle Merced “dado su conocido rechazo a la carne viva” (25). Sin embargo, en 1973, en Cachagua, se muestra ser “proclive a enamorarse de la perfección” y “belleza intemporal” de “Susana Kant” (...*Cachagua* 39), lo que provoca la ira del casado narrador Ángel Pedreros.

Otro aspecto de Juan Menie es que en *Ahumada Blues* él interroga a Cynthia y quiere saber todo detalle. Cuando esclarece el caso desde la comodidad de su hogar le señala a Ángel que todo lo ha logrado dilucidar gracias a sus deducciones y razonamiento (cfr. Sherlock Holmes), sólo le basta obtener un poco de información para llegar a conclusiones que le permiten dar instrucciones al grupo. En resumen, es un buen intelectual y también el líder que, al igual que Sherlock Holmes, resume cada cierto tiempo el estado de la investigación y da las explicaciones finales del caso. Por lo demás, le gusta la lectura y mientras espera que los otros actúen y vayan al departamento de Cynthia, se queda escuchando el Titán de Mahler, tomando tilo y leyendo una novela del comisario Maigret.

Al igual que a los otros dos integrantes del grupo, a Juan le gusta el jazz y la conversación, junto a ellos se reúne con Cynthia en su departamento y suelen discutir sobre literatura, cine, poesía, etc., tal como señala el narrador, eran un cuarteto “ligeramente snob, por supuesto, aunque con más énfasis en el humor que en la competencia por conocimientos culturales” (*Ahumada*... 92).

En relación a su hermano menor, a Juan le toca a menudo tranquilizarlo y rechazar las interpretaciones ideológicas y bastante arbitrarias de Jorge. En asuntos políticos Juan se muestra como un hombre simpatizante de la izquierda, pero con criterio independiente que, a diferencia de su hermano menor y como conocedor de los países comunistas de Europa del Este, le hace ver también las debilidades y fracasos de la Unidad Popular y la probabilidad de un golpe militar.

El tercer miembro del trío detectivesco, el soltero narrador Ángel Pedreros, nieto de un querido “abuelo radical, masón y bombero” (...*Papudo* 18), vive en 1968 en Ñuñoa, en la avenida José

Miguel Infante esquina avenida Sucre y tiene dos hermanas menores. Cinco años más tarde, sin embargo, está casado con Victoria, “una típica cachagüina” y, según Juan Menie, “[una] pituca de izquierda”, que vive en un “departamento en Vitacura” y posee un viejo jeep lo que no impide que a menudo “le daba duro a la bicicleta” (... *Cachagua* 15 y 137 y 188).

En su infancia al conocer a Jorge, señala que por esa época él era levemente xenófobo y detestaba los que se hacían pasar como extranjeros, y por eso Jorge no era de su agrado.

El lector se entera por sus propias palabras que él también es un ‘bicho raro’ al igual que sus amigos y que antes era un hombre solitario que no tenía suerte con las mujeres debido a su timidez. Por eso se refugiaba en sus estudios de ingeniería y no era capaz de adquirir compromisos. Como tendía a buscar la soledad, la convivencia familiar con los suyos no era del todo fácil. Mientras que su madre se preocupaba porque no lo veía con una mujer “preparando un matrimonio de esos eternos” (*Ahumada...* 87), su padre, un ingeniero civil de la vieja escuela, lo hacía porque le gustaba ver estudiar más a su hijo. Ambos padres se escandalizaban de las correrías nocturnas de Ángel en Santiago Poniente, aunque para molestia de Juan, su padre se siente secretamente orgulloso de las andanzas de su hijo y de “[su] pretenciosa erudición en bares antiguos, en salones de *pool*, en *boites* semiclandestinas, en comederos para madrugadores” (*Ahumada...* 88).

Al igual que Jorge, se abstiene de pololeos formales y comprometedores, por sus absorbentes estudios y también porque le entretiene más su pequeño grupo de aficionados a la música (principalmente al jazz), al cine y al vagabundeo. Sin embargo, será él quien se enamorará de Sonya y quien se sentirá casi como un héroe cuando debe protegerla y huir de los matones en el cerro Santa Lucía. A Ángel le fascina la figura de esta muchacha, rubia y escultural bailarina, y cuando conversa con ella le deslumbraba también el que ella no tiene las típicas pretensiones de niña burguesa —como las que había conocido hasta ese momento—, sino que es una verdadera aristócrata de modales finos, aunque de familia venida a menos, y que trabaja en el Bim-Bam-Bu para ayudar a su madre y a su abuela y para poder algún día salir del país a cumplir su sueño de ser una profesional de la danza clásica. Estos antecedentes respecto a su relación con las mujeres nos hacen comprender que cinco años después, siendo ya un hombre casado, queda “un poco prendado” de la bella y “millonaria” “pelirroja” (... *Cachagua!* 34) Susana Kant y manifiesta sus celos por la entrevista que Juan Menie mantuvo con esa belleza, a quien reconoce, generalmente, como jefe y cabeza del trío detectivesco.

Con Juan Menie comparte Ángel también la moderada postura política de izquierda, sin embargo, en 1973 está “cabreado con la Unidad Popular y deseoso de mandar[se] cambiar a Venezuela o Brasil, como tantos otros profesionales descontentos con las medidas socializantes del gobierno” (... *Cachagua!* 18). Según Ángel Pedreros, “la vía chilena al socialismo, la revolución con empanadas y vino tinto, [...] está haciendo agua por todos lados” y por eso rechaza fuertemente el análisis marxista de Jorge por su “burdo reduccionismo economicista” (... *Cachagua!* 200 y 162).

Sin ser tan culto y snobista como los hermanos Menie, es, sin embargo, ya tempranamente un ferviente lector de las novelas policiales de Agatha Christie.

Pese a que estos tres personajes fueron educados bajo una fuerte instrucción católica, todos reniegan de esta educación pues al parecer los marcó demasiado por medio de un sistema algo

represivo. Incluso dentro de la novela *Ahumada Blues* se menciona a un cura pederasta al que le gustaba uno de los compañeros de curso de Ángel, el travesti Tadzio (cfr. la novela *Muerte en Venecia* de Thomas Mann), que los ayuda en la investigación y la huida de los maleantes. También se plantea el hecho de la sexualidad de los sacerdotes y de que posiblemente bajo las sotanas muchos desarrollan inclinaciones homosexuales.

Así, el trío es bastante escéptico con el catolicismo y el mismo narrador confiesa como hijo de un familia masónica que para él el libro más importante fue *La Araucana* y no la *Biblia*, que le interesaban más los combates entre españoles y araucanos que “las sórdidas intrigas de las tribus de Israel” y esto, posiblemente porque por esa época andaba buscando argumentos que le permitieran librarse “del pegajoso catolicismo que, a punta de latinajos y terrores, [le] había metido el colegio. Todavía [tenía] obsesiones con el demonio. ¡Qué huevada!” (*Ahumada...* 183). No sorprende, por tanto, que Jorge tempranamente se declare “ateo” y Juan “agnóstico”. Ángel, por su parte, admira al Club Radical de Papudo como a un “templo laico” (...Papudo 22 y 107) y considera al viejo y recién fallecido Delahague, inventor y constructor de carros-bomba, como su modelo de hombre, por ser un “hombre íntegro, francmasón, esposo y padre ejemplar [...], [un] puro producto del genio científico francés” (...*Papudo* 139-40). El hecho de que el sacerdote católico “insiste en prodigar agua bendita y musitar latinazgos en honor a tan alto personaje”, Ángel interpreta en el sentido de que “la iglesia se rinde ante la logia. La superstición frente a la razón. El mito frente a la ciencia” (...*Papudo* 140). Vale, finalmente, destacar que los tres estudian o estudiaron en la Universidad de Chile que, en palabras del narrador “por entonces era laica, estatal y gratuita” (*Ahumada...* 9)

La visión de mundo predominantemente positivista se refleja también en su método de investigación que se basa, a parte de la omnipresente interrogación, ante todo y al igual que en el caso de Sherlock Holmes, en los datos, la observación y las correspondientes deducciones. Los tres son buenos observadores. Por ejemplo, en su primer caso, Jorge Menie revisó los calzones de la muerta Marie Chantal Delahague y se percató de que “[l]a hembra tenía muestras de haber perpetrado recientemente el acto sexual” y probablemente “con varios machos”. Luego Juan deduce del hecho que ella llevaba “un vestido rojo” y “zapatos de taco tan altos” de que se trata de una “[p]rostituta” (...*Papudo* 36-37). Más adelante, Juan sugiere “comparar datos y revisar las pruebas que [han] seleccionado” y Ángel, al examinar el segundo cadáver, ve “un tatuaje”, es decir una pequeña salamandra, un hecho que, según los conocimientos y deducciones de Juan, acerca al hombre muerto a “la marina y la prostitución” (...*Papudo* 42 y 62-63).

Las observaciones generalmente llevan a los investigadores a formular hipótesis y conjeturar sobre lo que pasó (cfr. las ‘abducciones’ de las cuales habla Umberto Eco en relación a las deducciones retrospectivas de Sherlock Holmes). En el recién descrito caso, Jorge Menie:

[se] inclin[a] por creer que el tipo es todo eso junto: un marinero francés maricón, antiguo bombero, que terminó en un prostíbulo de Valparaíso tocando el piano con esas manitas de princesa, y que en unos arranques pasionales que le vienen de tiempo en tiempo se dedica a corretear peones en los fundos cercanos para satisfacer su gusto por la carne popular [...]. (...*Papudo* 63-64)

El hermano mayor descalifica estas conjeturas como “[d]educciones cretinas”, aunque “pudieran

tener algo de justas” y presenta luego sus propias conjeturas que van en la misma dirección, reconociendo, sin embargo, que aun deben reflexionar con calma sobre el caso.

En esta situación queda claro las diferentes características de los tres jóvenes investigadores y los diferentes roles que cumplen en las novelas: Juan es el científico e intelectual que por medio de la deducción llega a la verdad y logra que se haga justicia, a pesar de que él es un ser pasivo que a veces ni siquiera abandona su casa para resolver el enigma. Jorge y Ángel si bien también son racionales, se mueven también en el terreno de la acción. Jorge se cree revolucionario y asume ese rol, por lo que es el más impetuoso de los dos y siempre quiere tomar la palabra o ir directamente al grano en sus interrogatorios, mientras que Ángel es más moderado y piensa mejor las cosas antes de decirlas.

Además de la interrogación que realizan a todos los personajes involucrados y la observación y el registro de los lugares de los hechos que provocan determinadas conjeturas y deducciones retrospectivas sobre lo que pasó realmente, las investigaciones avanzan también en gran medida gracias a los conocimientos culturales previos de Ángel, Jorge y Juan, quienes conocen muy bien historia de la ciudad de Santiago y, en el caso de Ángel, además la gente de Papudo y Cachagua y sus costumbres. Estos conocimientos culturales sirven especialmente para establecer ciertas conjeturas. Volviendo al caso de la muerte prostituta en Papudo, Juan supone que se trataba de un prostituta porque sabe que “[n]uestras madres o hermanas no andan con condones o lubricantes en las carteras”. Además sabe que los bomberos “suelen ser bastante adictos al puterío”. Jorge Menie por su parte, aporta el dato de que “San Sebastián [es] el patrono de los homosexuales” (...*Papudo* 40-42).

En *¡Mataron al Don Juan de Cachagua!* Los hermanos Menie se lucen como expertos en asuntos tan sofisticados y delicados como, por ejemplo, la brujería, la misa negra, un aquelarre, un fellatio sagrado o un osculum obscenum (cfr. ...*Cachagua!* I-VII).

Sin embargo, todo este saber cultural no serviría de mucho sin la gran ayuda prestada por los amigos de ellos y los de la víctima, quienes entregan valiosa información. En *¡Mataron al Don Juan de Cachagua!*, la información que entrega Victoria, la esposa de Ángel Pedreros –amiga y conocedora de casi todas las mujeres en Cachagua– sobre las siete mujeres o ‘brujas’ sospechosas es preciosísima para el transcurso y progreso de la investigación.

En el caso de la novela *Ahumada Blues*, los amigos ayudan a huir a Sonya. En primer lugar está Cynthia Muraña, medio prima del narrador y amiga de los Menie, investigadora de la facultad de química de la Universidad de Chile y morena muy atractiva de la cual tanto Jorge como Ángel estaban enamorados. Es una mujer muy inteligente y es ella la que telefonea a Jorge para solicitar ayuda, pues estando en el departamento con el gringo y Sonya entran unos matones y ella debe esconderse en el baño. Ella es una mujer práctica que no se deja seducir por estos muchachos y que planifica el ataque a los matones, un elemento clave para obtener información y para la organización del grupo en la cacería de los rufianes y la huida por el cerro.

La otra ayuda importante en esta novela es la de la bailarina Patty González, amiga de Sonya que está muy enamorada de ésta y que les cuenta que vio a Sonya con un par de matones, los buscado Mario Lanza y el Valentino. Ella también ayuda en la huida, pues con su auto arrolla a los

mafiosos y les permite ganar tiempo a Ángel y a Sonya en la huída.

El tercer ayudante es el ex compañero de curso y actual travesti y empresario Tadzio Acquasanta, que los sigue hasta La Vega para ayudarlos e informarlos acerca de los matones y de Sonya. Más adelante llega milagrosamente con un arma a la calle Merced en el momento mismo en que los matones están golpeando al grupo de jóvenes y ayuda a estos a enfrentarse a los matones y a esconder el cadáver del gringo en la tumba de Vicuña Mackenna ubicada en la pequeña capilla neogótica del cerro Santa Lucía. Vale destacar que en tiempos del colegio, Jorge y Ángel eran de los pocos amigos que éste tenía y que no lo molestaban con burlas y groserías, pues Tadzio tenía una opción sexual diferente.

Por último, Juan tiene una serie de contactos universitarios, en la policía y en otros ambientes, que le permiten conseguir información y planificar la estrategia de huida del grupo. Por ejemplo, él es amigo del profesor Manzano y lo telefona para sacarle información, y más adelante Manzano lo telefona a él y le pide ayuda para ocultar un cadáver, el que justamente es el que andan buscando el del gringo Michael. Así, Juan envía a su propio hermano y amigos a la casa de Manzano a buscar al gringo para desaparecerlo. Gracias a sus contactos con la Interpol también se entera de que nadie persigue a Sonya luego del asesinato.

Además de la ayuda de los amigos, el trío de detectives cuenta a veces también con la de los carabineros. En la recién mencionada novela *Ahumada Blues*, por ejemplo, no se muestra mayor conflicto con la policía y de hecho, Juan logra enterarse de quién es el gringo gracias a sus contactos en la policía de investigaciones. Al final le informa a la policía o “los [pone] en alerta” (*Ahumada...* 219) acerca de la desaparición del gringo y el trabajo de los dos matones, gracias a lo cual las patrullas se encuentran cerca cuando ambos hombres van a la casa del profesor Manzano lo asesinan a golpes.

En forma parecida, en *¡Mataron al don Juan de Cachagua!*, Ángel tiene conocidos entre los carabineros y el oficial Fernando Romero acepta, incluso, la poca ortodoxa oferta de colaboración por parte del narrador e investigador. Más adelante, los carabineros tratan de mediar entre los grupos de ultraderecha (cfr. ‘Patria y Libertad’) y ultraizquierda (cfr. el ‘MIR’).

No obstante, hay una crítica al cuerpo policial y a las instituciones privadas, muy propio del ambiente político de ese entonces, pues hay que recordar que son los años previos al gobierno socialista de Salvador Allende y el clima polarizado ya se hacía notar en forma notoria. La crítica carabineros se muestra en *Ahumada Blues* cuando en una conversación de Jorge y Ángel con Tadzio éste último les cuenta que La María Bonita, el prostíbulo donde pelearon con los matones, se encuentra protegido gracias a los contactos de la dueña con los carabineros y otras personas y que la policía apenas toca el lugar. Si entran a revisar, sólo lo hacen someramente y pronto se van dejando el sitio tranquilo. En la segunda novela policial de Mauro Yberra se critica la prepotencia de los carabineros que se muestra, ante todo, en interrogatorios excesivamente largos y cierto maltrato a los tres detectives privados.

A esto se debe agregar la crítica a la preferencia de los carabineros por la gente de derecha que suelen recibir un trato menos duro y perjudicial. Según Jorge Menie, “los milicos y los pacos está

en contra del gobierno po-popular” (...*Cachagua* 129).

Obviamente no puede faltar el tópico clásico de un cierto desprecio por parte de los investigadores respecto a la capacidad profesional de la policía que se manifiesta, por ejemplo, en no comunicar algunos resultados de la investigación.

En *Ahumada Blues*, hay además una crítica a las instituciones privadas extranjeras, concretamente a la CIA, de la cual el gringo Michael era un espía soplón. Se nota una tensión en el hecho de que los jóvenes rechazan este organismo. Los hermanos y el narrador logran sacarle información al mesero de la Peña de los Parra gracias a que señalan que buscan al gringo por sus supuestas actividades en la CIA, a fin de desenmascararlo. En el lugar tratan al mesero de “compañero” (*Ahumada*... 42) y le piden que ayude a la causa popular.

Esta misma crítica se evidencia al final cuando Juan cuenta que muchos de estos grupos de jóvenes como Silo, un grupo esotérico al que pertenecía la Sonya y el gringo, tienen infiltrados y espías y que, incluso existen organizaciones extranjeras como la YMCA y otras “organizaciones yanquis en este país, bien activas [...] sobre todo para frenar los ímpetus revolucionarios de la gente joven...” (*Ahumada*... 216)

De esta forma, la crítica a la sociedad extranjera se manifiesta en la crítica al intervencionismo norteamericano en la política nacional y en que, el crimen se comete por drogas, puesto que es el gringo Michael, el nexa del profesor Manzano –un investigador de la droga y también un sórdido traficante–, quien le conseguía a éste LSD y bellas jovencitas para sus experimentos.

La crítica a la sociedad chilena, por su parte, se muestra en *Ahumada Blues* gracias al recorrido ca histórico que se hace por Santiago y a los comentarios del narrador y de Juan Menie, que hace su tesis sobre la clase media chilena.

La principal de estas críticas es lo cerrada y xenófoba que es esta sociedad, pues rechaza todo lo diferente, motivo por el cual la aristocracia rusa no pudo integrarse y terminó por perderlo casi todo. En Chile, la sociedad es mezquina y “se adula al extranjero, pero por debajo se le boicotea, se le pela, se le ridiculiza” (*Ahumada*... 49).

En las dos novelas de Mauro Yberra que tienen más el campo chileno como escenario y trasfondo cultural, la xenofobia es una actitud típica de la gente humilde en oposición a la francofilia de la aristocracia rural. De esta forma, la polaridad social es profundizada aún más por una polaridad racial. En *La que murió en Papudo*, las víctimas son de nacionalidad francesa: la bella y atractiva “Chantal Delahague alias Marie-Chantal Leblonde, alias ‘la rubia’” y Julien Borel, hijo de madan Ivonne, “francés, marinero y homosexual” (...*Papudo* 118). Ambos son rechazados, perseguidos y finalmente asesinados por ser diferentes, por ser otros racial y sexualmente. En el caso de la bella Chantal, el indio Muñoz se hace cargo de humillarla, degradarla y violarla con una violencia increíble porque ella lo rechazaba. Este capataz junto con seis bomberos, luego de quedar encantados del baile erótico de la “[f]rancesita rica”, fueron “cruels, vengativos, burdos” con ella y, como unos “[r]esentidos, solo querían mancillar su belleza europea, su aristocracia natural. Olió todos los olores de la miseria interior, besó todas las bocas hediondas de la estupidez de ese

país que odiaba. Todos y cada uno le dijeron: ‘Putá’” (...*Papudo* 31-32).

En el caso de la segunda víctima, se unen al rechazo racial y sexual el político. Julián Borel, cuando los jóvenes perseguidores instigados por el derechista capataz Muñoz le gritan garabatos como “[c]omunista de mierda’ [o] [m]aricón, hijo de puta”’,

[s]e da cuenta de que probablemente lo van a matar. Entiende que los ingredientes son clásicos: la pasión carnal y la política. Intuye que es la presa de una cacería, y que si lo atrapan serán implacables. Cree entender lo que experimentan el zorro, el jabalí, el ciervo. (...*Papudo* 50)

Una tercera víctima de la violencia campesina chilena desatada por ser diferente del resto de la sociedad chilena es el contrahecho ‘curco’ quien se asusta de todos y todo y se oculta en varios escondites “como un animal acosado. [...] Lo molestan, lo patean, lo empujan” (...*Papudo* 103).

La aristocracia rural chilena, al contrario, ‘peca’ de francofilia, ejemplo de esto se halla en la arquitectura, a través de construcciones de casas patronales que suelen ser “una pequeña y encantadora imitación de Malmaison, Combourg o algún otro castillo francés” (...*Papudo* 57). Más grave es, sin duda, el clasismo y la insensibilidad social de una vieja aristócrata como Sofía Arrestizábal que vivía antes con los “proverbiales lujos de una dama latifundista” y organizaba fiestas lindas con lo mejor de la sociedad de Santiago, Valparaíso y La Serena. Según cuenta la servidumbre, ella solía marcar una distinción social entre los ‘propietarios’ (ellos, los Arrestizábal en primer lugar), los ‘veraneantes’ (gente de cierta calidad como [la] familia [del narrador] y similares) y los ‘turistas’ (el perraje que se desparramaba por andenes, hoteles y playas)” (...*Papudo* 77 y 126).

Su hijo Manuel Ignacio, sin embargo, es un aristócrata de izquierda y refleja el hecho de que la polarización política ha llegado también al estrato social alto de la sociedad chilena de ese entonces. A diferencia de su madre, Manuel Ignacio sí está dispuesto a repartir las riquezas, es decir, entregar la hacienda a los campesinos. Al final de la novela Juan critica la “fragilidad del compromiso revolucionario de Manuel Ignacio” que “se portó como un miserable con sus amigos al abandonarlos “a su suerte por un supuesto proceso revolucionario” (...*Papudo* 215-16). En resumen, la aristocracia rural chilena tampoco se salva.

También diez años más tarde, en Cachagua, se manifiesta la división política en los estratos sociales altos y medios altos. Mientras que Don Gregorio Santaraza, dueño de una gran mansión ex embajador de la República de Chile defiende posturas políticas derechistas e, incluso, golpistas su hija Ana Lía, una “joven idealista, ha elegido otro camino para la construcción del socialismo en Chile”, con las palabras de Jorge Menie, ella optó por el “¡MIR!” (...*Cachagua!* 56). Al igual que en el caso de Manuel Ignacio, es Juan Menie la persona que critica aquí el compromiso político radical de un miembro de la clase social alta al descalificar a Ana Lía “como una romántica para la cual poesía y revolución son la misma cosa” (...*Cachagua!* 92-93).

Otra crítica social a los ricos es que no pagan a tiempo los salarios y tratan a la servidumbre “como a un animal” (...*Cachagua!* 194).

Tampoco falta el tráfico de influencia por parte de las familias poderosas. En el caso del ‘Tatán’,

Don Juan de Cachagua y secretamente también miembro de ‘Patria y Libertad’, la víctima de un violentísimo, cruel y ritual asesinato, la familia logra evitar una autopsia y desterrar al teniente Fernando Moreno, que colaboraba con el trío detectivesco en la búsqueda de la verdad y justicia, en forma inmediata al extremo sur de Chile. Tanto la extrema violencia del asesinato por castración a un hombre aun vivo como el posterior castigo del detective investigador a través del traslado a un lugar remoto, evocan inmediatamente los sucesos de la novela *¿Quién mató a Palomino Molero?* de Mario Vargas Llosa. Sin embargo, a diferencia de esta novela policial peruana, aquí el asesinato no es cometido por un miembro de las Fuerzas Aéreas, sino por la despechada y vengativa Ana Luján y Fluvio Segundo Cajas, un representante de la clase baja que buscaba vengarse por motivos tanto de rivalidad masculina como políticos y familiares. Él es izquierdista y junto con la mirista Ana Luján dejan al ‘Tatán’ desangrarse “con los genitales cortados” (...*Cachagua!* 24). Su profesión de matarife le otorgan la correspondiente habilidad técnica para cometer tal cruel y sanguinario crimen y, además, el hecho de que el Tatán embarazara a su hermana Adelita Cajas le daba otro motivo de venganza a esta bola de “[k]ilos de violencia de primera” (...*Cachagua!* 181). Su profesión de matarife y el hecho de que casi siempre está junto con su hermano Nicomedes Cajas y de que venga un ‘delito sexual’ cometido en la persona de su hermana provocan la comparación con los hermanos Pedro y Pablo Vicario en *Crónica de una muerte anunciada* de Gabriel García Márquez, los que como buenos matarifes mataron a Santiago Nasar ‘como un cerdo’ para reestablecer el honor familiar manchado. Con razón Mauro Yberra reconoce ser un ferviente lector de novelas policiales.

Un líder de izquierda positivo es, sin duda, Cristóbal Persil. Siendo ingeniero civil comunista con gran sensibilidad social repartió su fortuna entre los pobres y ahora, en 1973, defiende con todos sus medios pacíficos posibles el proyecto revolucionario de Allende formando una célula para colaborar en la construcción del nuevo orden. No en vano se ganó el apodo de Cristo.

Entre los pueblerinos, fuera de la ya analizada xenofobia hay también mucha superstición. Ante la presencia de la ascendente alemana judía Susana Kant en los funerales, “[a]lgunos de los pueblerinos se persignaban y hacían el clásico gesto de exorcismo con los dedos índice y meñique” (...*Cachagua!* 34), con lo que se está nuevamente frente a la asociación de la fe con la superstición e, incluso, la brujería en oposición a la ciencia que la rechaza. Cuando el Dr. Marsten le trae al trío detectivesco el “muñeco” en cuya “zona genital sobresalían siete agujas firmemente enterradas” y con “siete huellas de labios... [en] el pecho”, incluso un positivista como Juan Menie conjetura al comienzo que aquí “hubo magia negra” y que hay que buscar siete brujas que supuestamente asesinaron al Tatán. El Dr. Marsten, al contrario, les informa “que la moderna psiquiatría considera a la brujería como una enfermedad muy parecida a la histeria; o un estado alterado producido por ciertas drogas, como la belladona o la mandrágora durante la Edad Media” (...*Cachagua!* 40). Al buen entendedor pocas palabras.

Esta asociación Edad Media – brujería – histeria - fe católica queda personificada especialmente en el Padre Raimundo Biedma e, incluso, ampliada por el satanismo. Al comienzo él es presentado como “[u]n tipo excelente, abogado, organista, hombre de cultura, fumador empedernido y aficionado a las faldas [,] [u]n cura juvenil y alegre, enemigo de la solemnidad” (...*Cachagua!* 30) y no simpatizante de los momios. Sin embargo, de a poco comienzan a prevalecer rasgos más bien negativos como, por ejemplo, su gordura debido a su gran apetito, sus largas siestas y su frustración por ser sólo el cura de un pueblo insignificante como Catapilco. Pero el núcleo de la

crítica a este representante oficial de la Iglesia Católica es, sin duda, su interés y fascinación por “los milagros de los santos, [...] el satanismo y la brujería” que acercan a este “experto en satanismo” de cierta manera a la figura del fanático inquisidor “Bernardo Güi [...], el mayor enemigo de las brujas” quien en el siglo XIV representaba el esfuerzo de “la Iglesia Católica Apostólica y Romana [...] por identificar a la brujería con el culto al demonio” (...*Cachagua!* 71, 69 y 36). No sorprende, por tanto, que el narrador masónico cree descubrir “detrás de su cara franca y amistosa [...] un halo de fanatismo, doloroso y profundo” (...*Cachagua!* 72).

Volviendo a la sociedad chilena en su conjunto, ella también peca de pacatería y beatería, pues existe un doble estándar. Por ejemplo, en *Ahumada Blues* la gente bien del país odiaba los espectáculos de revista debido a la inaceptable exposición de la desnudez y a lo vulgar de los ritmos musicales que éstos utilizaban y que eran considerados ordinarios o vulgares, pero muchos de los señores de esas ‘familias bien’ iban a mirar a las muchachas desnudarse. Así, “tendría que acercarse el fin de siglo para que una sociedad chilena ‘imbecilizada’ por la propaganda y la ingestión de gaseosas coloreadas, hiciera suyas músicas (aproximadamente) tropicales, aún más precarias que las de los años setenta” (*Ahumada...* 98). La pacatería también se evidencia en que la clase media sentía “una verdadera obsesión pecaminosa respecto a los que podían conseguir de una prostituta, producto de toda una gama de frustraciones sexuales, provocadas sin duda, por la pacatería de sus esposas legítimas.”, a las cuales no se las hacía pasar la vergüenza de mirar el cuerpo del hombre desnudo y a las cuales tampoco se las podía ver, ya que “a las señoras chilenas sólo se las fornicaba en la oscuridad y bajo las sábanas” (*Ahumada...* 115-116).

En *Ahumada Blues* se halla, finalmente, una crítica más bien cultural a la ciudad misma como construcción. En varias oportunidades se describe a Santiago como una “ciudad triste y tenebrosa oscura, carente de gracia, ridículamente solemne, con la que había que tener mucha benevolencia para apreciarla” (*Ahumada...* 51). Sus calles son sórdidas, llenas de mendigos y prostitutas, el alumbrado público defectuoso y la basura se encuentra esparcida por el suelo, mientras que muchas construcciones de mediados de siglo XIX están casi derrumbándose. Para el narrador muchas cosas de hoy no han cambiado con respecto al ayer en su sentido negativo, salvo las micros, pues viajar en trolebuses era un verdadero placer y a estos sí se los valora bastante. Las micros, para el narrador, son horrendas, “sucias, incómodas, descomunales, contaminantes, manejadas por dementes o criminales, además de peligrosas, hediondas, ruidosas, y para colmo del horror, cuadradas y pintadas de amarillo” (*Ahumada...* 85). Hoy el narrador seguramente estaría apoyando el Plan Transantiago.

El lenguaje que usa Mauro Yberra es típico de una novela policial negra en el sentido de que el narrador es un intradiegetico, que participa en los sucesos y los relata desde su percepción de las cosas, suele expresarse en un lenguaje coloquial, en muchas ocasiones juvenil y correspondiente al mundo letrado universitario. Sin embargo, el narrador intenta, además, reflejar la erudición y el afrancesamiento de los hermanos Menie mediante frecuentes expresiones en latín (cfr. sus “latinazgos”) y, mucho más aun en francés. Por otro lado, llama la atención el abundante uso de expresiones lindando con lo vulgar y garabatos, ante todo, por parte de Jorge Menie y Cristóbal Persil (“Me cago de la risa”, “mon cul”, “huevones fascistas”, “puta idea”, “en pelota”, “culo”, “mear”, “Pura calentura, por la cresta”, “la mierda está hirviendo”, “Juan, el muy putas”, “saco de bolas”, “cargados de miedo”, etc.).

En último término hay que mencionar positivamente una rica intertextualidad que se muestra a través de las frecuentísimas alusiones a autores y obras de la literatura universal. Sin duda, Mauro Yberra es un autor letrado que conoce los ‘modelos’ anglo- e hispanoamericanos del género policial clásico y negro y quien los asimila en forma creativa e híbrida, logrando así la presentación de sus propias intenciones. Yberra mezcla elementos clásicos (cfr. la figura de Juan Menie que se parece mucho a detectives clásicos como Sherlock Holmes, Philo Vance y Hercule Poirot en su forma de investigar) con elementos más bien negros como, por ejemplo, el lenguaje, la violencia, sexo y la crítica social. A pesar de que sus novelas pecan a menudo contra el principio de la verosimilitud, como el mismo autor confiesa en alguna parte, son, sin embargo, un buen testimonio de la época entre 1963 y 1973, pues gracias a sus narraciones nos enteramos no sólo de los gustos musicales, los folkloristas de moda, las costumbres, educación, ideas y tendencias de los jóvenes de la sociedad santiaguina en general, sino también de la vida y de las costumbres en zonas rurales como Papudo y Cachagua.

También hay que destacar que tras la escritura parece esconderse un autor bastante conservador y un tanto prejuicioso, pues, pese a que el narrador plantea en varias ocasiones que tanto él como su grupo eran muy tolerantes con los homosexuales, travestis y otros vicios ajenos, y que incluso dentro de la novela *Ahumada Blues* uno de ellos es su ayudante y su amigo, el lenguaje utilizado señala lo contrario. Por ejemplo, se utiliza la palabra ‘invertidos’ para referirse a ellos, o se dice que pululaban en la calle Merced los travestis “con sus cuerpos pervertidos”. Los jóvenes se sienten choqueados “ante la impudicia del ramillete de homosexuales que se meneaba en la vereda (*Ahumada...* 23) y también ante una primera visión de su amigo Tazio y de otro travesti que les da información desde una ventana. De tanto repetirse que Ángel y sus amigos son tolerantes y desprejuiciados, el lector puede sospechar qué tan certeras son estas afirmaciones, sobre todo cuando se usan expresiones como “la hembra más bella” o las “yeguas ansiosas” (...*Cachagua!* 3: y 165) para referirse a las mujeres, frases que se quiera o no, revelan una latente actitud machista

BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre, Mariano. “Más que una novela policial”. *La Nación*. 23 de agosto de 1993. 36-37.
- C. Q. “Morir en Papudo”. *Punto Final*. 295, 25 de julio de 1993. 22.
- Díaz Eterovic, Ramón. “Crónica negra”. *Punto Final*. 520, 17 de mayo de 2002. 19.
- . “Intriga y narcotráfico en La Paz”. *El Mercurio*. Santiago. Suplemento *Artes y Letras*, 28 de marzo de 2004. E4.
- Guerrero, Eduardo. “Pretensiones desmedidas: Una supuesta novela policial”. *La Segunda*. 13 de agosto de 1993. 57.
- Rivera, Angélica. “La novela policial regresa sin misterios”. *Las Últimas Noticias*. 5 de octubre de 1993. 3.
- Yberra, Mauro. *Ahumada Blues. El caso de Cynthia Muraña*. Santiago: EPS Ediciones, 2002.
- . *La que murió en Papudo*. Santiago: Ediciones Linterna Mágica, 1993.

----- *¡Mataron al don Juan de Cachagua!* Santiago: EPS Ediciones, 1999.
----- “Mauro Yberra”. <<http://www.letrasdechile.cl/myn.htm>>

NOTAS

- 1 Este trabajo es fruto del Proyecto Fondecyt Regular 2004 N° 1040983 “El detective en la narrativa policial chilena del siglo XX”.
- 2 José Leal ha escrito, además, dos novelas policiales bajo el nombre de Bartolomé Leal, optando por este nombre de pila en honor al venerado Padre Bartolomé de las Casas. La primera, publicada en 1994, es decir solo un año después de la primera novela de Mauro Yberra y titulada *Linchamiento de negro*, presenta una historia ambientada en el país africano de Kenia. Esta novela que mereció entusiastas comentarios, situó la obra de Leal en lo que algunos críticos llaman la ‘corriente étnica’ de la novela policial, uno de cuyos principales exponentes es el autor estadounidense Tony Hillermann y su afamada saga del detective navajo Jim Chee. Dicho en las palabras del propio Bartolomé Leal: ‘La novela policial étnica o etnológica se [sic] trata de un tipo de narración donde los tópicos de las etnias, las razas, las culturas primitivas, la brujería, los conflictos colonialistas y tópicos similares, aparecen en el corazón mismo de la obra’. (Díaz Eterovic, 2004: 4ª col.). Lo mismo vale para su más reciente novela *Morir en La Paz*, publicada en 2003 por la editorial española Umbrieeditores en Barcelona, hecho que significa un tardío y valioso reconocimiento de su calidad literaria. También detrás de esta intriga policial ambientada en varios lugares de Bolivia y con un detective boliviano como protagonista está “la intención de mostrar la cultura y particularidades de un pueblo, sus colores locales y sensibilidades” (Díaz Eterovic, 2004: 5ª col.). A pesar del interés que despiertan estas dos novelas policiales ‘étnicas’ de Bartolomé Leal para ser analizadas desde las posturas teóricas del poscolonialismo, este análisis : hará más adelante y en otro contexto.
- 3 En defensa de su “escritura a dúo” mencionan otros ejemplos como “Ellery Queen, el seudónimo de dos primos hermanos nacido en 1905”, los “modestos judíos de Brooklyn [...] Manny and Danny”, o Patrick Quentin, detrás del cual se esconden los autores “Hugo Wheeler y Richard Webb” (Yberra, 2002:7ª y 9ª col.).

PORTADA

LETRAS QUEMADAS. REVISTA DE CRÍTICA Y CREACIÓN LITERARIA